
Lección inaugural 2017-2018

La universidad en la era de la información

Dr. Manuel Castells

Catedrático de Sociología de la UOC

Barcelona, 8 de septiembre de 2017

Centre de Cultura Contemporània de Barcelona

#noucurs1718

w.uoc.edu/inaugural17

Universitat Oberta
de Catalunya

Lección inaugural 2017-2018

La universidad en la era de la información

Dr. Manuel Castells

Catedrático de Sociología de la UOC

La universidad en la era de la información

Dr. Manuel Castells

*Catedrático de Sociología
de la Universitat Oberta de Catalunya.*

*Académico numerario
de la Real Academia Española de Ciencias
Económicas y Financieras.*

*Miembro fundador del Consejo Científico del
Consejo Europeo de Investigación (European
Research Council, ERC).*

Introducción

La universidad, o la institución universitaria si hablamos de un sistema y no solo de una determinada entidad, es la institución central de la era de la información, un periodo histórico caracterizado por la globalización económica y comunicativa, por la emergencia de la sociedad red como estructura social específica en un ámbito global y por una revolución tecnológica multidimensional que hace, más que nunca, de la información y el conocimiento la fuente del poder y la riqueza de las naciones.

La universidad, por ser la principal organización generadora de conocimiento en todo el mundo, es actor central del descubrimiento científico y de la innovación tecnológica y organizativa. Pero también es clave en la formación de los trabajadores, fundamento de la capacidad de desarrollo de las sociedades, en la democratización del conocimiento y en la igualdad de oportunidades, en la medida en que las oportunidades dependen de la educación. También es esencial en la generación de cultura ligada a las identidades sociales y

nacionales de cada país. Y, en fin, la universidad es (o debería ser) campo de experimentación de las nuevas técnicas de pedagogía y colaboración facilitadas por el entorno digital de comunicación.

Sin embargo, frecuentemente la universidad es también una institución burocrática y corporativa, no adaptada a la nueva sociedad y al nuevo entorno tecnológico, encastillada en sus privilegios profesoraes, que no da respuesta plenamente a las demandas de la sociedad y que, a veces, prioriza el servir a los profesores antes que a los estudiantes. Desde mi pasión por la universidad a lo largo de mi medio siglo de profesor universitario en Francia, en Estados Unidos, en España y en Cataluña, observo con tristeza el desfase de la universidad en relación con la sociedad del conocimiento y temo que, sin una renovación interna, en la que se comprometa toda la comunidad universitaria, la universidad podría ir siendo desmantelada por el mercado y por los intentos de comercialización de la enseñanza superior, porque perdería la legitimidad necesaria para que el Estado la defendiera en nombre de los ciudadanos. Ese proyecto de renovación universitaria requiere un compromiso del conjunto de la comunidad universitaria en la defensa de sus valores centenarios. Y requiere previamente un estudio de la transformación de la universidad en una perspectiva histórica a partir de un análisis de las funciones de la universidad. Solo entonces podremos referirnos con precisión a la especificidad de esas funciones en el contexto de la era de la información.

Las funciones de la universidad: de la teología a la tecnología. La institución universitaria fue formándose en secuencia histórica a través de una serie de modelos que aunque con temporalidades distintas se combinan en la práctica, con énfasis diferentes en contextos diversos. En cada uno de esos modelos predomina una función que después persiste, pero subordinada a otras que surgen con más fuerza a partir de las demandas de la sociedad.

En el origen de las universidades modernas del mundo occidental se encuentran escuelas teológicas (tales como las de Bolonia, Salamanca, Cambridge, Oxford, la Sorbona, Coímbra, Padua, La Sapienza, Lovaina, Barcelona, Alcalá, Heidelberg, Múnich, Praga, Cracovia, St. Andrews, Uppsala, Santiago, Valencia, así como, más tarde, las primeras universidades latinoamericanas, como la Universidad de San Marcos y la Universidad de Córdoba). Estas universidades, si bien acogieron la ciencia y el pensamiento de su tiempo, privilegiaron la producción de valores y la legitimación social del orden religioso y político existente. Algo que, en versión laica, subyace en muchas instancias en la práctica de las universidades en todas las épocas.

La segunda función de la universidad consiste, desde muy pronto, en la selección de élites y formación de núcleos dirigentes. Son representativas de dicha función grandes universidades como las de Cambridge y Oxford, las universidades de la Ivy League, empezando por la Harvard en Estados Unidos, las Grandes Écoles en Francia, la UNAM en México i la de São Paulo en Brasil, si bien en América Latina ha habido un desplazamiento de la formación de sus élites a las universidades estadounidenses, tales como la de Chicago, la Harvard y la de Stanford.

La tercera función universitaria es la formación de profesionales y la constitución de profesiones, en particular en medicina, derecho, ingeniería y, más adelante, administración de empresas.

En cuarto lugar, hacia finales del siglo XIX se constituye la universidad científica, a saber, la definición de la universidad como centro investigador y fuerza productiva, según el modelo alemán, inicialmente representado por Humboldt en Berlín, que inspiró a las universidades escandinavas y holandesas. En Estados Unidos la Universidad Johns Hopkins fue la primera que adoptó dicho modelo, seguida más tarde por el MIT, el Caltech y en cierto modo por las universidades constituidas por *land grants* de los estados, como Michigan, Wisconsin y la Universidad de California en Berkeley, a caballo entre la producción científica y la legitimación del destino manifiesto en el Pacífico.

Un quinto modelo aparece con la universidad de masas, generalista, que predomina en Europa después de la Segunda Guerra Mundial, modelo que tuvo como función fundamental y objetivo el desarrollo del nivel de educación en el conjunto de la sociedad, abriéndose al conjunto de las capas sociales y utilizando la titulación como modo de ascenso social. Las universidades francesa, italiana, española y desde luego las latinoamericanas siguen en general ese modelo, aunque sin abandonar, en sus mejores expresiones, las funciones señaladas anteriormente. En países como Francia o Inglaterra se produce una división de clase entre las universidades científicas y seleccionadoras de élites y la universidad democratizada, abierta a los sectores populares y con mucho menor potencial investigador.

En fin, en sexto lugar surge en época reciente la universidad emprendedora, que trata de articular en su proyecto la ciencia y la formación con la tecnología, la innovación y la empresa. MIT, Stanford y Cambridge son los ejemplos más imitados en el ámbito internacional. Pero numerosos institutos tecnológicos y universidades politécnicas en diversos países se han convertido en fuentes de dinamización tecnológica y empresarial de la economía.

El sistema universitario en su conjunto asume estas distintas funciones con una cierta especialización según las instituciones. La calidad del sistema se basa en asegurar a la vez su diversidad y la existencia de pasarelas entre las trayectorias originadas en cada institución, con el fin de reducir la duplicación y obtener sinergia para estudiantes, profesores e investigadores por su interacción en el conjunto del sistema universitario.

Veamos cómo se transforman estas distintas funciones de la universidad en el contexto actual de la era de la información.

U2

Transformación de la universidad en la nueva economía global del conocimiento. La producción de conocimiento y la innovación tecnológica y organizativa, que siempre han sido esenciales, son aún más decisivas en nuestro tiempo para el crecimiento económico, el bienestar social y la sostenibilidad medioambiental. Lo cual realza el papel de la universidad. La actitud de países y gobiernos con respecto a la universidad está marcando su futuro. Aquellos países que se vuelcan en el desarrollo científico universitario y

que buscan estimular el emprendimiento a partir de la universidad se adentran por la senda del progreso; mientras que contextos como el europeo, en que las políticas de austeridad para salir de la crisis recortan los presupuestos universitarios, condenan a nuestras sociedades a un inexorable declive. Ahora bien, la inversión en la universidad es un factor necesario pero no suficiente del desarrollo en la economía del conocimiento. Se requiere una política inteligente que incida en la productividad y creatividad de la institución. La política universitaria es tanto más eficaz cuando es más flexible y diversificada, de modo que busca especialización y nichos de excelencia a la vez que asegura una formación básica e interdisciplinaria común a todos los campos. El famoso principio del café para todos es sinónimo de la mediocridad para el conjunto. La competitividad entre universidades, sanamente entendida, es un factor esencial de la dinámica del sistema.

La función de formación en la era de la información debe adaptarse a los requerimientos de un cambio tecnológico y organizativo que se acelera. Tal y como he mostrado en mi investigación empírica, la nueva fuerza de trabajo debe ser autoprogramable, capaz de definir sus objetivos y los medios de alcanzarlos, en lugar de ser ejecutante rutinaria. Lo esencial en este sistema es aprender a aprender. La formación especializada en técnicas concretas desemboca en la obsolescencia de conocimientos a corto plazo. La información está toda en internet. El conocimiento, en cambio, se basa en la capacidad cognitiva de combinar dicha información de un modo creativo y adecuado a las tareas que hay que desempeñar en cada proceso de trabajo. Lo esencial en la enseñanza no es transmitir información sino crear capacidad de innovación y adaptación continua al cambio organizativo y tecnológico. Lo

cual requiere una formación flexible al principio del periodo formativo y un reciclaje continuo a lo largo de la vida profesional.

Las universidades actuales funcionan en redes globales de intercambio. Ninguna universidad es autosuficiente, la calidad de cada una depende de la calidad de su inserción en la red global de información y conocimiento. Lo que es necesario es el acceso a esa red. Y para ello, el billete de entrada depende de capacidades específicas propias que tienen valor para la red. No hay que saberlo todo sino lo necesario para entrar en redes de creación de valor en los procesos globales de intercambio.

U3

La feminización de la universidad. En nuestro tiempo histórico hemos pasado a una universidad cuyo alumnado está mayoritariamente formado por mujeres, salvo en las ingenierías y en las escuelas de negocios, en las que aún existe discriminación de género. Sin embargo, se mantiene una fuerte estratificación de género interna al sistema, en particular en las facultades científicas. O sea, los cirujanos son hombres, los médicos de cabecera son mujeres. Los hombres prevalecen todavía en los cuerpos de catedráticos, excepto en humanidades. En ese contexto, es indispensable tomar en cuenta la transformación de las relaciones de género en la sociedad y practicar una política acorde en la selección del profesorado y de los estudiantes. Hay que romper estigmas y tabúes mediante una política activa que destierre el sexismo implícito en el profesorado de más alto nivel y abra al conjunto de los seres humanos una amplia gama de oportunidades. Ahí está la reserva de talento todavía por potenciar.

U4

La universidad no solo forma capacidades de las personas, sino también personalidades. Y en este sentido puede contribuir al desarrollo de nuevas personalidades requeridas para un proceso de cambio cultural y social tan rápido como el que estamos viviendo. Es decir, es necesaria una pedagogía activa que ayude al desarrollo de personalidades flexibles y adaptables a lo largo de la vida. Al mismo tiempo, para que la flexibilidad constante no conlleve el riesgo de desintegración de la persona hace falta una universidad que, en la tradición histórica de la institución, ponga énfasis en la producción e interiorización de valores básicos de la conducta humana. Pocos valores, pero fuertes y arraigados para anclar la fuerza interior de las personas de modo que no se desintegren por los cambios constantes. El componente ético no ideológico es hoy día un elemento necesario de la formación universitaria. Por ejemplo, las escuelas de negocios necesitan entender que la responsabilidad social de las empresas, tan esencial en particular en el mundo financiero, empieza por la formación de graduados responsables, en relación con un grupo de referencia en que ser honesto es tan importante como ser eficiente. La deshonestidad ha estado en la base de la reciente crisis financiera. En un mundo en cambio tecnológico y cultural acelerado el regreso a la universidad productora de valores, aunque sea actualizando esos valores, es el complemento necesario de la producción de ciencia y tecnología.

U5

La interdisciplinariedad es un atributo esencial de las nuevas formaciones universitarias. El cambio científico está rompiendo barreras entre las disciplinas tradicionales de modo que la práctica de los futuros profesionales requerirá

la capacidad de interacción constante con otras configuraciones epistémicas. Las disciplinas fueron constituidas históricamente como tratados de paz en las guerras académicas por el control de campos de investigación y formación. Pero las fronteras así definidas van siendo superadas por los nuevos descubrimientos. Las universidades más avanzadas se estructuran en torno a comunidades de conocimiento que luego llevan a distintas especializaciones con apertura a otras áreas de conocimiento y pasarelas de relación entre distintos campos. Ejemplos de interdisciplinariedad necesaria en temas clave son la bioinformática, la robótica, la biomedicina, la comunicación, el urbanismo o la empresa. Es más, la interdisciplinariedad es la madre de la innovación, precisamente porque las disciplinas entendidas rígidamente tienden a limitar el universo de lo posible dentro de su campo.

U6

La adaptación de las diferentes funciones analizadas al contexto de la era de la información requiere un tipo específico de institución universitaria. Concretamente, **para que las universidades puedan adaptarse constantemente a las exigencias sociales, culturales y científicas de su tiempo tienen que ser autónomas en su capacidad de decisión**, empezando por la autonomía presupuestaria. El control de las autoridades competentes debe hacerse *a posteriori*, según resultados obtenidos, no *a priori*, según criterios administrativos externos a la propia universidad. El sistema universitario más avanzado, el de Estados Unidos, no está tutelado por ningún ministerio. La autonomía universitaria exige también la autonomía de las unidades

académicas internas a la universidad, así como la participación de la comunidad universitaria en la gestión. Pero al mismo tiempo también requiere una fuerte capacidad de decisión e iniciativa en el rectorado de la universidad, incluyendo una cierta centralización de las decisiones estratégicas, para evitar la parálisis derivada de los debates sin fin y la parcelación de la estrategia basada en intereses sectoriales. La participación estudiantil es esencial, pero sin demagogia y orientada hacia la defensa de los intereses de los estudiantes en el marco universitario. Hay que recordar que los estudiantes son transeúntes mientras que la universidad permanece a lo largo de las generaciones. Y la universidad no es el lugar desde donde hacer la revolución, aunque desde luego debe estar siempre comprometida con valores éticos y democráticos, defendidos por todos los estamentos universitarios. Es esencial preservar el espacio único de tolerancia y diálogo que existe en el ámbito universitario. Es un patrimonio esencial que es necesario tratar con infinita delicadeza, porque es el único espacio que tenemos en la sociedad para mantener la civilidad en nuestros debates.

U7

Las universidades públicas son esenciales y de hecho constituyen la inmensa mayoría del sistema universitario en el contexto europeo. Pero deben ser tan desburocratizadas y flexibles en su gestión como puedan ser las privadas. La garantía de empleo del profesorado, una vez asegurada la calidad del docente, tanto en las públicas como en las privadas, es un imperativo para preservar la independencia intelectual y científica con respecto a los gobiernos y al mercado. Pero, al mismo tiempo, las universidades deben dotarse de un sistema

propio de control, evaluación y recompensas diferenciales en términos de promoción, sin el cual su profesorado puede dejarse ir a una complacencia estéril. Los académicos tenemos el extraordinario privilegio de ser libres en nuestro pensamiento y en la autodefinición de nuestra actividad. Pero ese privilegio debemos ganarlo cada día, manteniendo la exigencia propia de calidad académica, trabajando como el que más y debiéndonos a nuestros estudiantes. Hay que volver al origen de los profesores medievales pagados por sus alumnos en función de su servicio y renunciar a la práctica de las sinecuras establecidas posteriormente por las burocracias estatales. La relegitimación de la comunidad universitaria por la propia comunidad universitaria es la garantía de preservación de nuestra independencia y de nuestra seguridad de empleo.

U8

Por ello, **la autonomía universitaria es inseparable de la evaluación sistemática de universidades y profesores, externa e interna, con consecuencias presupuestarias y de carrera profesional.** Sin embargo, los sistemas de evaluación suelen convertirse en muchos casos en rutinas burocráticas que desconocen la realidad de la enseñanza y la investigación y se refugian en criterios formales o automáticos. Por ejemplo, número de publicaciones sin entrar en la calidad de sus contenidos, o cursos impartidos sin considerar la evaluación de los estudiantes, o número de graduados sin analizar su trayectoria profesional. La evaluación externa confidencial por parte de colegas debe ser una práctica sistemática y asegurada por las propias universidades.

La universidad y las tecnologías de la información y la comunicación. Las universidades están transformándose profundamente con la adopción y utilización creativa de las tecnologías digitales de información y comunicación. Y la universidad catalana es buen ejemplo de esta transformación dinámica.

Debemos partir de la base de que ya no hay universidades puramente presenciales. Todas las universidades llamadas presenciales son en realidad híbridas. Es decir, incluyen la interacción mayoritaria entre profesores y alumnos y entre los alumnos mediante comunicación digital. Los investigadores están en redes de colaboración digitales. Los estudiantes pasan más horas en internet que en las aulas. Y el contacto con los profesores se hace más por redes sociales, correo electrónico o WhatsApp, que por reuniones en sus despachos. Pero esta práctica se ha desarrollado espontáneamente sin adaptación organizativa y pedagógica del sistema de enseñanza. Para que la transformación tecnológica sea más fecunda se requiere un esfuerzo de reconocimiento de que estamos ya en la universidad híbrida y que, por tanto, debemos formalizar ese reconocimiento en términos de procedimientos, pedagogía y sistemas de evaluación continua. En particular algunos profesores, sobre todo los de una cierta edad, están desfasados con respecto a sus estudiantes. Es una cuestión que irá resolviéndose por ley de vida, pero que, teniendo en cuenta la larga esperanza de vida que tenemos los viejos en este momento, requeriría una colaboración entre estudiantes y profesores para ponernos al día.

Lo cual nos lleva al tema importante de las **universidades virtuales**, en plena expansión en todo el mundo. Es decir, aquellas universidades

que enseñan exclusivamente por internet. Como sabemos, Cataluña cuenta con una universidad pionera en este campo, porque la Universitat Oberta de Catalunya (UOC) se fundó en 1995, o sea el primer año en que se comercializó y difundió el *World Wide Web*. Las universidades virtuales, para ser universidades, deben diferenciarse claramente de la formación en línea practicada en escuelas profesionales o para empresas. En particular, las mejores, incluida la UOC, presentan un componente de investigación y mantienen la calidad de su profesorado, evidenciada por su titulación de nivel doctoral y su productividad según criterios académicos habituales. Se ha creado en muchos países una mala imagen de las universidades virtuales, porque han sido el terreno prioritario de expansión de las universidades con ánimo de lucro, frecuentemente de escasa calidad. Pero tal situación no es intrínseca a la virtualidad de la enseñanza, sino a la comercialización de esas universidades. Hay numerosos ejemplos, desde la Open University del Reino Unido o la Open Universiteit de los Países Bajos hasta la UOC o la UNED, que muestran cómo asegurar la calidad de la enseñanza por métodos virtuales. La diferenciación esencial entre universidades virtuales e híbridas es que se dirigen, en términos generales, a públicos diferentes. En efecto, una de las exigencias más importantes de la sociedad de la información es el reciclaje constante de la fuerza de trabajo y la actualización de conocimientos de las personas que ya están en la vida profesional y familiar. En esas condiciones la posibilidad de estudiar, o de volver a estudiar, en cualquier momento del ciclo de vida, se hace posible mediante la educación virtual, con sistemas de enseñanza y evaluación que aseguran una calidad comparable a las híbridas, e incluso en muchos casos con un seguimiento personalizado más intenso que asegura el desarrollo

profesional. Naturalmente que jóvenes de dieciocho a veinticuatro años requieren un contexto social y de relación personal en que la presencia física es esencial. Pero este no es el caso de profesionales en la treintena o la cuarentena, cuya educación superior es esencial para ellos y para las empresas. Estos estudiantes son mucho más disciplinados que los jóvenes y en cierto modo más motivados, porque, si vuelven a estudiar o si inician una trayectoria universitaria, es por una decisión ligada a sus proyectos de vida. En ese sentido, las universidades virtuales son complementarias de las híbridas y cumplen una función social esencial en la sociedad de la información. Para incrementar su calidad, deben desarrollar una tecnología multimodal y en constante evolución, y deben reinventar la pedagogía de enseñanza, de manera que sean constantes fermentos de innovación educativa.

El sistema universitario de la era de la información es un sistema multimodal en que distintas tecnologías y procesos pedagógicos se articulan y complementan para dar servicio a una sociedad y a una economía en constante transformación.

Conclusión

La calidad de la universidad depende de la calidad de sus profesores y de sus estudiantes; por tanto, en último término, de la calidad del conjunto del sistema de enseñanza y de la importancia que se le atribuya. Es decir, de la valoración por parte de la sociedad de los educadores, expresada en términos de prestigio social, respeto profesional y condiciones de trabajo en consonancia con dicho respeto. Los estudios llevados a cabo en dos contextos tan diferentes como Cuba y Finlandia, sociedades con una alta calidad educativa, relativamente a su nivel de desarrollo, muestran que la valoración de los maestros y de las escuelas primarias por parte de la sociedad civil y los gobiernos se traduce en calidad educativa en todos los niveles de la formación.

Para asegurar esa calidad, el reclutamiento del profesorado universitario tiene que liberarse de procedimientos burocráticos y endogámicos heredados del pasado y guiarse por una evaluación de méritos a lo largo de una trayectoria profesional contrastada nacional e internacionalmente. En pleno siglo XXI deberíamos tener el valor de desterrar los fantasmas de las tristemente famosas «oposiciones», rebautizadas como concursos funcionariales, y sustituirlos por contratos laborales indefinidos con seguridad de empleo con criterios propios de cada universidad. Esta fue una reivindicación de los profesores universitarios en el momento de la transición democrática, hace cuarenta años, y que los propios dirigentes de aquellos movimientos traicionaron al llegar al poder ministerial. No habrá verdadera autonomía universitaria si las universidades

no pueden decidir libremente quiénes son sus profesores. Paradójicamente, la endogamia no se combate mediante interferencias externas en el reclutamiento, sino permitiendo a las universidades que contraten a quienes quieran, exceptuando a sus propios doctorandos, en función de criterios propios de cada universidad.

La conexión con las empresas es fundamental para que las universidades puedan contribuir al crecimiento económico, a la innovación tecnológica y al empleo. Pero solo puede hacerse, como sucede en los sistemas universitarios más avanzados del mundo, a partir de la autonomía de universidades capaces de establecer su relación con el mundo empresarial, tanto en la investigación como en la formación, con sus propios criterios que no estén supeditados a la rentabilidad de las empresas a corto plazo. En realidad, lo más beneficioso para las empresas es la inversión a largo plazo que proviene de la universidad, garantía de calidad de sus prestaciones.

En fin, lo que define la excelencia de una universidad en nuestro tiempo puede sintetizarse en tres grandes principios:

- El criterio supremo es la calidad científica y pedagógica. Esto que parece evidente suele perderse de vista en las consideraciones diversas sobre lo que es la universidad. Para referirme a una experiencia personal importante que lo ilustre, recordaré cuando en 2005 la Comisión Europea creó el Consejo Europeo de Investigación (European Research Council, ERC) para financiar la investigación básica en toda Europa. La decisión del Consejo Científico fundacional, del que yo formé parte, fue de simplificar todos los criterios de evaluación de los programas a uno solo, la

excelencia científica de los proyectos, evidenciados en una persona: el investigador principal. Y así se hizo. Hoy día, la opinión general de la comunidad científica es que el ERC ha representado un cambio cualitativo en la investigación europea. Sostengo que ese éxito se debe precisamente a la decisión de situar la calidad científica como criterio único de evaluación.

•En segundo lugar, la universidad debe estar siempre al servicio de la sociedad que la paga y la mantiene, ya sea pública o privada. Pero lo sitúo como segundo criterio de juicio y no como primero, porque sin calidad científica y pedagógica no estaríamos hablando de universidad sino de burocracia expendedora de títulos administrativos.

•Y, en tercer lugar, es esencial mantener la universidad como espacio de autonomía deliberativa y de reflexión libre de toda presión; de hecho, el único espacio auténticamente libre, aun con sus limitaciones, del que disponemos en la sociedad. Pero este privilegio de libertad solo podrá ser sostenido por los universitarios si nos dotamos de sistemas de evaluación y control internos que garanticen que utilizamos esta libertad para el bien común y no para nuestros intereses personales y corporativos.

La universidad en la era de la información es la heredera y la continuadora de la institución centenaria que nos permitió conocer nuestro mundo y comunicarlo libremente. Esa práctica fundacional no ha cambiado y sobre esa práctica descansa nuestra esperanza de un futuro mejor más allá de la incertidumbre de nuestro turbulento presente.

Barcelona
Ciudad de México
Madrid
Palma
Sevilla
Valencia

Sede central
Av. Tibidabo, 39-43
08035 Barcelona
(+34) 932 532 300

Todas las sedes en
seus.uoc.edu

uoc.edu

 [@UOCuniversidad](https://twitter.com/UOCuniversidad)
 [@UOCrespon](https://twitter.com/UOCrespon)
 [UOC](https://www.youtube.com/UOC)
 [UOC.universitat](https://www.facebook.com/UOC.universitat)



Universitat Oberta
de Catalunya
